

## **NUBES EN LA BOCA DE IGNACIO HERRERA GONZÁLEZ PREGUNTAS, TRÁNSITO Y PALABRAS**

En su anterior libro, *Respuesta trunca en fajos* (Coquimbo, 2009), el texto poético se abre y cierra con interrogantes en una dialéctica de respuestas incumplidas como convenientemente intuye Sergio Vergara en el *Prólogo*, señalando una poemática que se supedita a la duda y a la inestabilidad ontológica. Ahora la estrategia retórica de Herrera se subvierte en *Nubes en la boca* (Premio Municipal, La Serena, 2012), esa poemática supeditada a la duda, aquella que retoma el sujeto poético dejado (por el poeta) en una ruta o sendero que al final es posta y metonimia de la vida, finalizando esta vez con irrenunciabiles certezas.

El texto que abre la serie manifiesta lo descrito: “Camino al colegio”. Una serie de preguntas que a primera vista o lectura resultan candorosas, sin embargo, desde otras perspectivas, nos adentran vertiginosamente en los abismos que abren las interrogantes exactas de la infancia y que por alguna razón desconocida, perduran e insisten en su supervivencia de mantenernos sujetados al desconocimiento, al no saber, a la deriva de la incógnita vital: “¿Fue verdad que se detuvo el mundo? (...) ¿Mar, cordillera, cielos nos separan? (...) ¿Volverán las grandes alamedas?” Sugerentes intertextos y diálogos con la poesía de P. Handke, en particular con el poema “Canción de la niñez”.

Luego de esta estación, el sujeto del texto comienza su marcha, su peregrinar por la tierra. Cavila camino de la *casa al colegio* creyendo o quizás obligado a creer que en ese espacio del saber privilegiado podrá resolver sus cuestionamientos vitales. No obstante, le sale al paso, apenas iniciado el trayecto, una de las más esquivas preguntas: el tiempo que pasa y la sensación verídica de angustia sobre lo único tenido en certeza, la muerte:

Se pregunta por qué los días no alcanzan  
Le preocupa el tiempo, le preocupa  
que la muerte reine tan campante  
y que nadie le haya hecho un paralé. (...)

Posterior a este encuentro, el sujeto continúa en su ruta y no el viaje mítico del astuto héroe que sortea, sino la del más silvestre de los hombres. Le sale a su camino personajes como el “Volantinero” a quien confía sus ignorancias e inocencias: “Quise/se me enseñara en sueños/ hacer volantes y elevarlos (...)

Este personaje transmutado en ser mitológico, representa el oficio y la potestad del saber hacer, corporeizado en el maestro artesano de la caña y los papeles alados. Este mago-advino, co-rresponde a los deseos-preguntas del caminante y del maestro como un Aladino que emerge de la descorchada botella transmutado en advino: “volaban y daban sus colores en contraste azul/ anudados cerca de mí los volantines/ que el maestro predijo” al encuentro del errante en el camino.

Interesante resultan los indicios paratextuales e intertextuales que codifican otro mensaje al interior del texto, al contrario del poema que abre respuestas, sus funciones son cerrar una posible ruta de entrada: la dedicatoria “a S. V. A.” y la referencia explícita al poeta Li Tai Po, muerto embriagado bajo la luna china del siglo VII de la era asiática.

Además, el alcance del sema *Azul* al libro de Darío, deja flotar en los vacíos el “yo persigo una forma que no encuentra su estilo”. Quizás guarda el texto una posible poética que valdría en el tiempo dedicarse a seguir.

Interesante ejercicio y conciencia del poeta en la programática del texto, pues, un excursu insoslayable *camino al colegio*; la cimarra escolar, cuyo poema “Al margen” funciona como tal. Cita tópicos clásicos de la tradición poética y vemos compendios del lugar ameno y de la edad dorada, en este descanso en la ruta, en la pausa a media vía:

Nunca volveré a un lugar tan hermoso  
en medio de una ciudad tan derruida  
nunca aquí los árboles tienen la gentileza  
de crecer para afuera de los márgenes (...)

En este punto del viaje, el hablante afirma no volver y en el *continuum* del verso, como camino, del siguiente texto se titula “No se vuelve”, funcionando a modo de declaración de “principio”. Nos atrevemos a advertir una cierta Ars poética, donde el punto de no retorno se tornaría una encrucijada y tema en el contrasentido de la lógica de Ulises. El sujeto ya ha crecido y establece su mundo, aunque aún sin muchas certezas pero con una al menos, la decisión voluntaria de decir no al retorno:

No se vuelve por las viejas pertenencias  
Que las sábanas no descubran lo que guardan  
hasta que la felicidad, cansada,  
de aguardar, decida alejarse (...)

En conciencia y quizás con el malestar introducido en ella, no retrocede en la historia, o al menos, en la condición que reniega: “y desconocerlos ‘no sé quiénes son’ / y por el mismo desconocimiento natural / dejar de alumbrar el pasado: fantasma y eternidad”. Pero todavía inmersos en la senda de la incertidumbre que varía y gira el timón, cambiando los sentidos de la brújula, ya que en el poema “Volverse: El padre recién ausente”, se subvierte la decisión antes asumida. Le motiva ese retorno no eterno sino pasajero, el dolor, el temor, el olvido, la desesperación, la separación y lo perdido:

las puertas/ alcancía de canas  
perforaciones en el cráneo/ trepanados  
atados a una soga/ cosidos del hocico/ para escapar/  
otros lugares nos tejen espinas/ al ver el rito/ no hubo chillido (...)  
caminó dejó de ver sus ojos/ y tendió los años que los separan/sobre  
el césped

Sin embargo, la ruta continúa y como en la navegación nocturna de tormentas, dejado el mal tiempo y su bravura, amanece y este cambio de signos, especie de respuesta, brinda explicación de las claves, deja abiertos sus signos de interrogación en una de las más bellas respuestas recibidas por medio de la visión del hijo que le permite continuar su rumbo sin el peso de los dolores porque le son aliviados: “Se abrieron/ Subí/Con el dolor convertido:/Sus ojos”.

Hasta aquí, en el recorrido una primera estación, una primera parada en el periplo del camino al colegio. Una etapa está hecha, se ha llegado a un primer punto del mundo de la vida. El infante ha crecido, se hizo grande, adulto y ya contempla, no solo mira. Ha adquirido un saber, ha aprendido a leer y se instala aislado en la “Azotea”. Aprendió a subir como los volantines, a mirar desde arriba y en el reino del silencio, casi en el contacto de la boca con las nubes y su espuma, bebe. Aún falta espacio para acceder a ese cielo de las nubes. Sólo es techo.

El periplo ahora cambia de dirección: de horizontal a desplazamiento vertical, como un Sísifo que sube y trepa hasta el techo en la azotea. Aún le resta por conocer, todavía no resuelve todas las preguntas abiertas, le falta manejar fórmulas que despejan las ecuaciones matemáticas, los cálculos de los fenómenos físicos, aquellos constituyentes de los cuerpos químicos. Para lograrlo, se acerca vía contemplación y lee a la sociedad (chilena) en “La plaza en la historia de la fealdad de Humber-

to Eco". El sujeto se ha letrado, conoce la cultura, al parecer el colegio, la escuela (de la vida) le ha enseñado algo más que preguntas ingenuas, ahora ensaya, hipotetiza, contrasta, mide e ironiza, el sujeto se siente en propiedad; filosofa y declara:

Habiendo encontrado el objeto amoroso  
Acorde al amoroso sentimiento, tomo palco  
En el centro mismo de la fealdad (...)  
En el centro de una plaza,  
En el centro de un país en pugna y repugna,  
País de sobrevivientes: palomas sociales  
Esparcidas por la paz del demonio (...)  
Santiago, capital de la fealdad (...)

El sujeto adulto ya no deambula sino que pasea y observa el espectáculo ridículo de la sociedad como un circo de rarezas. Se sienta en casa y estudia, ya no en la escuela sino en la cotidianidad de su hogar. En una serie de tres textos, esta nueva marcha, ahora interna, quizpas psíquica, le permite indagar en la historia nacional, incluso continental.

Cuestiona los alcances de la historia enseñada-aprendida, al punto de superar sus dominios. Pues los libros, bienes escasos, se lo permiten y las citas a la autoridad y a la cultura son clara evidencia: Eco, Baudin, Polastron, Darío y Sarmiento entre Moctezuma, Pachacutec y Atahualpa.

Revisiones técnicas, editoriales y bibliográficas del archivo del pasado. Cerrando esta serie numerada (en romanos), una vuelta y círculo (como la boca) del signo engarzado de las "Veces a lo cierto"

Segunda estación superada. Ha avanzado, ha dado pasos y saltos culturales enormes como los del hombre que ha caminado en la luna. Pero este sujeto textual camina por la Tierra, no pretende tanta distancia hacia arriba sino que desea y nada más espera ver y llegar a embeberse en las alturas de las nubes, pan diario de su alimento.

El tramo final del recorrido y del texto, nos muestra que otra vez vuelve a salir, como el Quijote, que retoma el camino, sale y otra vez avanza, sigue, persiste, se lanza en su "Diáspora definitiva". Parece ser que ahora es ya la partida final, le resta el último tramo del sendero recorrido, aunque también puede ser desde la otra orilla, una última partida: "hoy el deseo no me consume / hoy tengo los años justos / para que retire de mí la forma / y el sentido (...)" La palabra del texto nos

confía un sujeto más conforme, más resignado, sin la ansia del ritmo despiadado de la adolescencia y juventud, sin la cándida ingenuidad de la niñez, se proyecta a la vez en la ruta o camino ritual de la tortuga: “cuyo mar llama y confunde su igualdad y se lanza a fingir / que en toda orilla / está o deja / el hogar cálido enseñado por el tiempo”.

En el poema “Meccano”, construye puentes y lazos, acaso los reconstruye, aquellos los rotos o cortados, los retoma, vuelve al punto de inicio, retrocede para zurcir lo descocido, lo desatado “para que no se separen jamás”. Fundamental reconstrucción y labor hecha a través de las palabras que van hilvanando, girando y moviéndose, buscando su lugar preciso en los casilleros-casas del *puzzle* humano.

Armada la ciudad letrada, recompuesta de lenguajes y señas: “bastará recorrerla en la compañía / de quietos y transparentes suspiros / que se dejan reconocer...al fin”. Y fin que regresa, que vuelve, la idea del retornar eterno por el “Otro camino al colegio” que es el mismo, inverso, ahora sin los cuestionamientos del pasado, con las preguntas al menos en su apariencia, resolutas, despejado de nubes.

Es lo mismo, la vida, es lo mismo en su envés, la diferencia está en el tono: si de pregunta o de respuesta. Las palabras son las mismas, no fueron mutadas-mutiladas, los signos son los que alteran o difieren sus sentidos. Los versos-caminos ya no están anteceditos por los signos interrogantes, ya fueron, ya pasaron, quedaron atrás en el camino que se hizo al cantar. La gran diferencia ahora es la dirección del volantín que busca su picada, su caída, su desplome, su lugar preciso en la tierra.

No obstante, hay un remate, un poema final. El más breve, símil del camino, metonimia de la brevedad del existir, paréntesis fugaz entre nacer y morir. La metamorfosis de lo mismo, su conclusión tautológica en filosofía: “A todos nos falta todo en un mundo / en que no falta nada”.

Con lógica de palabras se cierra el camino. Una reflexión hecha desde el otro lado, desde la otra dimensión. La fotosíntesis de una presencia que brotó, germinó y marchitó en este poema cierre “Todo lo que aprendí”, que engarza la cadena de palabras uniendo el principio del texto con el epígrafe citado de Bertoni en que el tiempo fugaz se torna imagen del sueño como pájaro que “cautivo en los ojos” que se despierta y vuela, con la fe de Guillen en que lo “perdido volverá con las aves”.

*Nubes en la boca* nos indica direcciones que se mueven en dos planos: una horizontal y otra en vertical. El texto se fracciona en tres momentos y estaciones del tiempo. En tres épocas en *lento degradé*: de la niñez, del hijo y de la gestación, que en la clave simbólico-mitológica

es el recorrido del ouroboros: la adultez, la edad de padre y vida. Finalmente, de la vejez, la muerte y el espíritu.

Pero en otro plano, el tiempo también tiene sus correferencias de otras coordenadas en la edad de las culturas y el conocimiento: la del aprendizaje del lenguaje, la de la madurez de la lectura y la de la adultez de la escritura.

Esta simbólica del tres, se concentra y amplifica aún más en el poema final del texto: Un padre, un hijo y un espíritu que cae del puente colgante de las nubes en la imagen del camino que une dos miradas simultáneas en los extremos de sus entradas o salidas.

La distancia que existe entre ambos extremos, entre ambas orillas es acercada y conectada en las bocas por un tercer elemento que son las nubes, representando el espíritu que re-compone la trinidad humana, en otras palabras, la palabra como la única y unívoca manera de habitar el ser en su morada en vapores que se expanden y condensan.